





# Tanques en la plaza

## 27 agosto de 1968

---

Jorge A. Villamil Rivas  
*joalvillamil@yahoo.com.mx*

---

Bullicio, canciones, rumores, sonrisas, pláticas...  
—¿Cuántos manifestantes crees que hayan sido?  
—Posiblemente un millón.  
—¿Y cuántos crees que se queden toda la noche?  
—Cuatro o cinco mil...

La Plaza de la Constitución, por vez primera en muchos años, era ocupada libremente por civiles en protesta. Eran estudiantes quienes habían logrado hacerlo.

El edificio de la Catedral, iluminado con sus luces de gala, servía de marco imponente y mudo testigo de lo que allí ocurría. Los muros del palacio gritaban a través de letreros recientemente pintarrajeados: “Asesinos, Asesinos”.

—¡Esta es una verdadera ocupación!...  
Jamás se había visto...  
—El propio gobierno se lo buscó.

Sonaron las once de la noche. Sobre la plaza se distinguían pequeños campamentos donde grupos de jóvenes envueltos en cobijas, alrededor de débiles fogatas y acompañados de guitarras, cantaban “sus composiciones”, que no eran sino viejas canciones con letra renovada para aludir a los mil hechos ocurridos en esos días de agosto:

*Violaron la autonomía  
al estilo americano  
hay que romperles la madre  
al estilo mexicano<sup>1</sup>*

El frío en aquellas horas comenzaba a calar profundamente. Algunos de los jóvenes acampados, con ingenua despreocupación, habían olvidado en sus casas el suéter o la chamarra y tiritaban en mangas de camisa buscando con qué cubrirse. Otros, por el contrario habían llevado ponchos y cobijas. En algunos campamentos los dormitorios improvisados comenzaban a poblarse.

Algo raro, sin embargo, ocurría en los alrededores, cientos de uniformados se veían pasar a lo lejos como para rodear la plaza. Algunos rumores y muchas voces, insistían:

—Hay un montón de tanques, allí en  
Aquiles Serdán.  
—Sí... Y también en Anillo de  
Circunvalación.  
—¿Tú crees que atacuen...?  
—No, no estamos haciendo nada malo.

El núcleo dirigente ordenó que cada grupo enviara un pequeño contingente para caminar alrededor de los campamentos y así demostrar

lo pacífico de la protesta. Con alegría se respondió, y los jóvenes tomados de la mano comenzaron a cantar otra vez, caminando ahora en torno de la plaza y de los demás camaradas que ocupaban el centro.

Las calles que desembocan hacia la gran explanada se fueron cubriendo poco a poco de uniformados, toda clase de uniformados. La entrada y la salida quedaron bloqueadas...

—¿Ya viste cuántos “tamarindos”<sup>2</sup>  
hay allí?  
—Deja los “tamarindos”, atrás están los  
granaderos...  
—¡Y el ejército...!  
—Sí pero nada más están cuidando.

La noche se veía sonriente, la luna se ocultaba por pequeños ratos detrás de alguna nubecilla. La ciudad ya dormía, los minutos transcurrían: Para los acampados, el tiempo pasaba en medio de canciones, tamales y café, detrás del muro de “tamarindos”, en medio de órdenes y preparativos. La actividad era intensa, camiones con refuerzos policiacos constantemente buscaban su ubicación. Los gestos de los uniformados: hoscos, preocupados, contrastaban con los sonrientes y bromistas de los jóvenes, los no uniformados.

Canciones, bullicio, sonrisas, plática....

—Oye ¿a qué hora toca mi guardia?  
—Sí, tú, ya di cómo van a ser las guardias.  
—Bueno, bueno, les voy a decir...  
Nada más dejen de cantar.

A pesar de frases tranquilizantes, que aparentaban indiferencia, en el ambiente se comenzaba a sentir preocupación.

La proximidad de las fiestas patrias daba por consecuencia que los vetustos edificios que rodean la plaza se mostraban completamente

iluminados. No obstante, la claridad era limitada, aunque había la suficiente luz para poder leer esas canciones que toda lucha popular engendra. Algún grupo cantaba:

*Cuando el pueblo se levante  
por pan libertad y tierra  
temblarán los poderosos  
de la costa hasta la sierra*

Y otro entonaba burlesco, la parodia compuesta por los Nakos<sup>3</sup>:

*Papá, papá, ayer cuando jugaba  
pregunté a un hombre que golpeaba.  
¿Qué es usted?  
Y dijo: un granadero.  
Papá, papá ¿qué cosa es un granadero?*

Así era el panorama: detrás de las alegres sonrisas y de la ostensible camaradería, se sentía, se vivía un profundo y estremecedor sentido cívico, la juventud enseñaba al mundo un rostro viril y honrado... Ingenuo, tal vez.

Una voz muy amplificada retumbó de pronto en aquel sitio y provocó el inmediato silencio de los jóvenes quienes se miraron entre sí, asombrados y nerviosamente sonrientes. La extrañeza, el desconcierto, el miedo, todo a la vez, produjo sonrisas. Era una voz bien timbrada, ordenante, militar. Su procedencia fue objeto inevitable de atención, pues por todas partes se escuchaba con la misma intensidad. Era que las bocinas estaban colocadas con eficaz estrategia en los postes de la plaza. Las palabras resultaron cónicas ante los oídos de los jóvenes:

*“Señores, su atención por favor: Se les ha permitido hacer su manifestación y su mitin. Ya han permanecido más de lo suficiente. Están ustedes violando el artículo IX de la Constitución...”*

Al llegar la voz a esta última frase un generalizado, poderoso y significativo barullo, acompañado de insistentes silbidos, inundó el espacio. Algunos gritos revelaron el sentir de la multitud:

—¡Ustedes son quienes la violan!  
—¡Para esto sí sacan la Constitución!  
—¡Farsantes! ¡Asesinos...!  
—¡Sólo la usan para su conveniencia!

La voz terminó con la advertencia de que los manifestantes se retiraran porque la plaza estaba perfectamente rodeada por las fuerzas de seguridad y...

Entre los jóvenes cundió el desconcierto. Unos se limitaron a sonreír, otros buscaban sin éxito alguna manera de protegerse mientras la mayoría, con gritos ordenaba sin éxito: ¡Siéntense... Siéntense!

Algunos dirigentes comenzaron a circular entre los campamentos con pequeños magnavoces para instruir que no se presentara la violencia, que tan sólo se ofreciera una resistencia pacífica y que se actuara, ante todo, con entereza y evitando provocaciones.

El grito de “Siéntense” obtuvo, al fin relativo éxito y las multitudes comenzaron nuevamente a cantar. Sin embargo, los magnavoces



oficiales repitieron el primer aviso añadiendo en tono amenazador:

*“Tienen dos minutos para desalojar...”*

Pero esos dos minutos no transcurrieron jamás. No había terminado aún la amenaza cuando simultáneamente, en ambos lados del Palacio Nacional, hicieron su aparición cientos de soldados armados, con la bayoneta calada y en actitud de reto. Detrás de ellos los cuerpos policíacos se distinguían por el uniforme azul y por un escudo protector semejante a los que usaron, allá en la edad media, los heroicos caballeros andantes. El apoyo principal de estas fuerzas del orden en la supuesta guerra que venían a librar, eran los pequeños tanques de asalto con sus relucientes y bien aceitadas ametralladoras.

Los otros “combatientes” los estudiantes, armados hasta los dientes con cobijas, guitarras, cacerolas y cacharros, se limitaron una vez más a reiniciar los cantos:

*Yo quiero que a mí me entierren.  
Como a revolucionario.  
Envuelto en bandera roja.  
Y con mi fusil al lado.*

Y los gritos: ¡Siéntense, Siéntense! Volvieron a escucharse, pero ya no fueron atendidos. Los combatientes del ejército marchaban de modo inexorable, empujando con la culata del fusil a los rezagados y destrozando los restos de los improvisados campamentos.

El ulular de las sirenas proveniente de los carro-tanque dejaba adivinar la intención de asustar, de intimidar al máximo. Las risas de burla de quienes mostraban una mirada que se antojaba siniestra, se repetían incesantes en el rostro de los soldados. Pero la intimidación no resultó del todo. Al escándalo de las sirenas se

opuso el escándalo de las gargantas, solo que los gritos juveniles ya no fueron iguales, ahora con lágrimas de rabia y de impotencia en los ojos dejaban escapar las frases:

*¡México, libertad!  
¡México, libertad!*

Pero estas frases, fuera de la plaza, nadie las oyó.

El “orden y la seguridad” avanzaban inflexibles. Desde el centro del Zócalo, los camiones escolares que habían acompañado a la manifestación, emprendieron la fuga. Los tanques, o uno de ellos cuando menos, se abalanzó detrás del último camión, era del IPN y se arrojó contra él para sumirle la parte trasera, los estudiantes redoblaron sus gritos:

*¡México, libertad!  
¡México, libertad!*

La plaza vibraba con el estruendo de aquellas voces. Y así se inició la retirada de los civiles, el heroísmo o algo parecido deslumbraba pero no podía combatir; si un grupo se resistía a los soldados era sometido con las culatas o bien, contenidos por los propios compañeros que gritaban desesperados:

*¡No provoquen!  
¡No acepten la provocación!*

Y los soldados marchaban con el arma empujada al lado de los carros blindados que cubrían la operación. La línea divisoria entre la tropa y los estudiantes comenzó a delimitarse perfectamente cuando un grupo de estudiantes de Medicina, reconocibles por su bata blanca, entrelazaron sus manos formando una cadena humana que se colocó entre los estudiantes y los soldados. Su objetivo: impedir

que los jóvenes desesperados por la rabia, por la pasión, se arrojaron contra las resplandecientes pero agresivas bayonetas. El respeto al uniforme blanco no se hizo esperar, detrás del cordón los jóvenes, sin violencia, lloraron una vez más apelando ahora al himno nacional.

*Patria, patria tus hijos te juran  
Exhalar en tus aras su aliento  
Si el clarín con su bélico acento  
Los convoca a lidiar con valor*

Pero la soldadesca avanzó inflexible una vez más. El cordón de médicos se vio en peligro: por un lado los jóvenes no querían retroceder, por el otro, los rostros amenazantes, cada vez más cerca, dejaban sentir un oculto rencor contra quienes cantaban el Himno Nacional sin estar en alguna mitómana ceremonia.

En las calles de Madero ocurrió la primera desbandada. Fue precisamente después de un ulular desesperante en el que los tanques inclementes se arrojaron sobre los “puntos blancos” (que así suelen llamar en lenguaje castrense a quienes están desarmados). Más tarde se dijo que en esta embestida un estudiante quedó para siempre, mientras otros probaron el filo de las bayonetas.

La popular avenida, San Juan de Letrán, se convirtió en breve escenario para un “mitin relámpago”, mientras la tropa, a escasos metros de distancia, se había detenido por orden militar, tal vez para observar y valorar la situación o para definir su estrategia.

No había remedio: los estudiantes debían huir, las víctimas eran muchas y ni siquiera se contaba con medios defensivos, pero antes de emprender la retirada alguien entonó del himno un canto más:

*Antes patria, que inermes tus hijos  
bajo el yugo su cuello dobleguen,*

*tus campiñas con sangre se rieguen,  
sobre sangre se estampe su pie*

Y otros coros juveniles gritaban viejas consignas con renovada y apasionada voz:

**¡El fascismo no pasará!  
¡El fascismo no pasará!**

Pero mientras los colegiales combatían con ideales, (la Historia, la Sociología, la Filosofía, el Derecho...) los estrategas, que al mando de aquellas columnas castrenses mostraban sus dotes, habían ordenado que algunos pelotones cercaran, por las calles transversales, a quienes con sus cantos aparentemente los ofendían. Alguien descubrió casi en los últimos momentos la trampa que se cerraba y dio la voz de alarma. En unos cuantos segundos el Palacio de las Bellas Artes, el parque hermoso de la Alameda, la calle aristocrática de la ciudad y el monumento dedicado a don Benito Juárez, se convirtieron en testigos de una frenética persecución pletórica de golpes de culata, puntapiés, ulular de sirenas de tanque, y sangre, pero sangre que no era de granaderos ni soldados.

En la mañana del día siguiente, mientras la mayoría de los antes fugitivos dormía en los pasillos y salones de la Universidad, algunos estudiantes leían en los periódicos:

*“Las juventudes canallas agravian a México”*

## Notas

- 1 Con música de “La cárcel de Cananea”.
- 2 Agentes de tránsito. Vestían uniformes café y beige.
- 3 Los Nakos es una agrupación musical generalmente a dueto dirigido, porque se ganó la representación de los estudiantes en el arte de parodiar hechos y personajes.